

"The Irishman", de Martin Scorsese:

El hombre y su obra

CHRISTIAN RAMÍREZ

Pasadas las dos horas y media en "The Irishman" —y poco antes de que la película inicie su inmensa recta final—, la audiencia es testigo de una tensa conversación entre Al Pacino y Joe Pesci. Este último encarna a Russell Bufalino, el reservado padrino de la mafia de Pennsylvania, en su intento final por convencer a Jimmy Hoffa (Pacino) de que renuncie a su idea de volver a ser presidente del sindicato de transportistas. "La gente de arriba no está contenta, creen que has fallado en demostrar tu aprecio por ellos", le dice, y uno de inmediato se prepara para una escena "de Oscar". Y cómo no: el contexto es perfecto (ocurre en medio de una fiesta repleta de criminales, policías y políticos), la

interpretan dos titanes de la actuación y sus líneas de diálogo están como esculpidas con cincel; sin embargo, y pese a toda esa sobrecarga, el momento se resuelve en un microscópico gesto de Pacino. Presión en las comisuras de su boca, ojos levemente cerrados, cabeza y cuello en desbalance. La postura no se prolonga más que un segundo, pero lo dice todo. No ha lugar. Hoffa no cambiará de idea: el sindicato es suyo, incluso si eso sella su destino.

En medio del fascinante océano que es el nuevo filme de Martin Scorsese, la mueca de Al no es más que un instante fugaz; una más entre tantas vistas inolvidables, con-

trabandeadas al interior de un relato de simpleza total, definitiva. Tal vez por eso capturé la imagen al vuelo y no la he dejado ir, tratando de volver a atraparla, modelarla en el recuerdo. Porque sin usar palabras capta un ideal ciego, una tozudez suicida, la voluntad de tener la sartén por el mango hasta las últimas consecuencias; todo al interior de un filme donde cada personaje se aferra con dientes y garras,

con gritos y también en silencio, a su cuota de poder. "Cuando se trata de poder, este es capaz de borrarlo todo. No es el dinero, es el poder. La gente hace cualquier cosa con tal de mantenerlo", confesó con cierta resignación Scorsese, en la presentación oficial de la cinta, a

THE IRISHMAN

Dirección de Martin Scorsese. Con Robert De Niro y Al Pacino. Estados Unidos, 2019, 219 minutos.

DRAMA



La película crea un duelo fascinante, soterrado y agónico con "El Padrino".

fin de septiembre pasado y vaya cómo se deja sentir esa idea en la historia de Frank Sheeran (Robert de Niro), exsoldado, transportista y luego pistolero por contrato, cuya vida queda definida por su relación con Bufalino —quien temprano le abrió los ojos hacia una versión del crimen organizado que funciona con la frialdad y parsimonia de una planilla contable— y más tarde por su lealtad

para con Hoffa, un líder cuya pasión por dominar y organizar emanaba desde cada fibra de su ser. Dos polos, estilos de gestión, versiones de la corrupción y la hegemonía, totalmente opuestas. ¿Dos versiones de la debacle de un mismo país? Muy probable. ¿Dos variantes de la condición humana? Sin duda. Y Sheeran puesto en medio, a la orden de ambos, encarnado por un De Niro cuya impene-

trabilidad, cuyo rostro monolítico —y digitalizado al extremo— se devuelve como una máscara que impide, que bloquee cualquier intento de penetrar en su interior, hasta volverse una suerte de némesis de Michael Corleone en "El Padrino", filme con el que "El irlandés" establece un duelo fascinante, soterrado y agónico, como si uno fuese el alfa y el otro el omega, de una misma forma de ver las cosas. Si el joven Corleone irrumpe en escena con sus emociones a flor de piel, y paso a paso va enterrándolas hasta no dejar nada a la vista, el viejo Frank ejecuta encargos y horrores con diligencia ejemplar, hasta que acaba por convertirse solo en la suma de esas atrocidades; y cuando estas emergen por fin en sus días postreros —en los instantes más calmos y brutales de la cinta, entre los mejores jamás filmados por Scorsese—, el hombre se revela al fin, al completo, entre retazos y miseria; convertido en la suma de sus horrores, en el producto de sus obras.